

# Meninos de rua

Mayte G.-Monge \*

## ¿Quiénes son?

CINCO meninos de rua son asesinados diariamente en Brasil. Este dato estadístico se puede escuchar con el sentimiento de repulsa que provocan hechos semejantes acontecidos en nuestro tiempo, sin ninguna repercusión en la vida personal salvo el mal sabor momentáneo. Los números esconden la identidad, los millares de niños muertos se archivan en la mente y allí yacen como en una fosa común con un solo nombre «meninos de rua», sin que ningún rostro se singularice.

Muy pocos saben quiénes son ni las causas que determinan su exterminio en la infancia o la adolescencia, es decir, antes de que al crecer puedan ocasionar males mayores. Es necesario acercarse a ellos, verles, escuchar sus relatos, conocer las circunstancias de su nacimiento y el camino seguido hasta hacer de la calle el lugar donde el día y la noche son testigos de su desafío a la supervivencia.

Todos proceden de las favelas, chabolas en gran número hechas de material de desecho, asentadas en las laderas de alguno de los montes que se alzan en el interior de las grandes ciudades brasileñas. Se agrupan sin

\* Doctora en Farmacia. Miembro de «Médicos del Mundo». Madrid.

apenas dejar espacio entre ellas, en medio de basuras, formando grandes poblados de miseria. La favela tuvo en su origen el carácter de un refugio provisional. Los inmigrantes procedentes de las zonas más empobrecidas del país llegaban a las ciudades industrializadas, fundamentalmente Río de Janeiro y Sao Paulo en busca de trabajo. Ante la imposibilidad de pagar una vivienda preparaban un cobijo hecho de latas y cartones donde guarecerse junto con su familia. Pero la realidad de un salario de hambre perpetuó las condiciones infrahumanas de vida. La mujer comenzó a trabajar como empleada de hogar, el mayor de los hijos tuvo que hacerse cargo de las tareas de la casa y de los hermanos menores. En otros casos los niños pequeños permanecían solos durante todo el día, encerrados por los padres que temían por su seguridad, o por el contrario deambulaban por las calles procurando su sustento.

La experiencia muestra que a veces la miseria es capaz de destruir la persona humana, enloqueciéndola y matando en ella instintos tan fuertes como el de la maternidad. El niño es concebido sin amor sufriendo ya durante la gestación las primeras agresiones físicas. El padre abandona frecuentemente su familia, la mujer busca apoyo en otro hombre y el niño crece con falta de afecto, en condiciones insalubres, hambre y malos tratos. Toda esta carencia determina su denominación de «menino carente».

Muy pronto, con cinco o seis años, es enviado a la calle a buscar comida, dinero para ayudar a los gastos de la casa. Comienza pidiendo limosna, buscando restos comestibles entre las basuras, luego trabaja guardando coches, como limpiabotas, transportando bolsas en los supermercados, o convertido en vendedor ambulante. Si consigue el dinero necesario vuelve a la casa, si no permanece en la calle hasta la madrugada por miedo a ser golpeado y enviado fuera de nuevo. El temor es el primer sentimiento que experimenta en toda su hondura, y con el que tiene que aprender a convivir.

La mafia de la droga entró en las favelas hace unos pocos años añadiendo a su perfil de vida una nueva forma de violencia y esclavitud. Al anoecer, en la cima del monte, del «morro de la favela» se alzan las llamas de un fuego que quiere significar el poder de la droga en ese lugar, un lugar convertido en un reducto cuya entrada es prohibida por los «narcos» a cualquier persona desconocida, a la policía. Niños pequeños son empleados como vigías para alertar de su presencia, para distribuir cantidades pequeñas de droga.

## De menino carente a menino de rua

ES difícil definir cuándo un «menino carente» se convierte en «menino de rua». Para muchos el paso se da cuando el niño, harto de soportar la violencia de su casa, huye de ella rompiendo el vínculo familiar y permanece en la calle las veinticuatro horas del día. La edad más frecuente para este cambio son los diez años, aunque también existen niños menores en esta situación. La tarea de sobrevivir es dura en solitario; por ello buscan la forma de protegerse formando grupos.

El número de los integrantes de un grupo varía según el lugar. En las grandes ciudades puede contar con cincuenta niños, varones en su mayoría. También hay niñas de edades comprendidas entre los trece y diecisiete años. En la comunicación entre los miembros del grupo es interesante ver que un gran cariño coexiste con rivalidades y peleas para lograr y mantener la jerarquía.

El «menino de rua» realiza los trabajos ya descritos y como último recurso comete hurtos y pequeños robos. Los que se inician en este camino fácilmente concluyen siendo delincuentes. Saben que esta forma de actuar es mala pero a menudo se sienten obligados a seguirla, unas veces por orden de los padres, otras por la propia necesidad. «Dios nos coloca en el mundo para ser hombres y no ladrones», dice un menino de rua de catorce años, «pero como estamos pasando hambre, tenemos que robar».

Desde muy pronto el niño siente el rechazo y la repulsa que causa su simple presencia, sabe que ante la sociedad es sospechoso siempre y culpable la mayoría de las veces. Los adultos que se aproximan a él, lo hacen comúnmente para explotarlo de distintas formas, sexualmente (en especial a las niñas), despojándoles con amenazas del dinero recogido en la jornada. En sus testimonios y los de quienes han convivido con ellos, aparece la extorsión de algunos policías que les obligan a robar para ellos facilitando su entrada en las tiendas. Muchas veces de forma arbitraria son detenidos, golpeados, torturados y hasta asesinados.

Viven un día a día incierto, sin futuro. Su ansia de cariño es su impulso más fuerte. Ello les lleva a iniciar muy prematuramente la relación sexual. Niño y niña se hacen hombre y mujer sin dejar de ser niños. Es frecuente la fidelidad que se guardan incluso estando separados por largo tiempo. Así nace una nueva generación de meninos de rua que difícil-

mente sobrevive al frío de las noches en la calle o en los agujeros donde se refugian sus padres-niños.

Aspirar cola de zapatero es una costumbre para adormecer el hambre, la soledad, o el miedo. Más adelante fumarán marihuana y consumirán drogas más fuertes.

La Conferencia Nacional del Obispos de Brasil en 1987, con motivo de la Campaña «La fraternidad con el menor», hizo un estudio sobre la situación del niño de la calle que ratifica la descripción que he hecho. Según su informe 36 millones de niños en el país sobreviven miserablemente, explotados y marginados. De ellos 7 millones viven abandonados en la calle. De un total de 4 millones de familias de menores infractores, en 900.000 familias los niños son los responsables de proporcionar el sustento familiar. Estos números crecen cada año aumentando las cifras de meninos de rua. Respecto a las niñas la situación ha mejorado debido a que dejan la calle al encontrar un empleo como empleadas de hogar.

En lo que se refiere a la educación el informe de los obispos señala que un tercio de la población en edad escolar no recibe enseñanza. Esto se refleja en las siguientes cifras: 8.770.000 personas entre 7-9 años y 14.371.000 entre 10-14 años, nunca asistieron a la escuela.

## El rechazo de la sociedad

LA presencia de miles de niños deambulando por las calles, recostados aspirando cola en una bolsa de plástico, o durmiendo apretados en una masa para protegerse del frío, causa reacciones diversas en la población. La miseria interpela a la persona exigiéndole una respuesta o adoptar una postura frente a ella, la miseria en el niño clama de tal modo que provoca algo semejante a una agresión. La gente que pasa junto a él trata de evitarlo, está sucio, tal vez enfermo, y es peligroso.

La miseria es una amenaza y un oscuro temor para muchos, aun estando lejos de padecerla. Una reacción posible en ellos es o bien ignorarla o defenderse de ella encerrándose tras una acumulación de posesiones, aunque con ello cause un empobrecimiento mayor del ya pobre. En otros casos el hombre la observa como consecuencia de una realidad injusta que no debería darse, pero su mecanismo interior de defensa acusa

a la sociedad de culpable; con ello su responsabilidad queda a salvo y su conciencia tranquila. Hay quienes lo ven como un problema que les incumbe, pero la tentación de la desesperanza apaga en ellos cualquier posibilidad de solución.

De hecho los meninos de rua convertidos en delincuentes son peligrosos, pero de todas las circunstancias de su vida éste es el único dato que importa. Para los habitantes y comerciantes de las zonas donde viven y actúan, su presencia no es solamente molesta sino que constituye una amenaza con la que hay que acabar. Esta es la razón por la cual cinco niños son asesinados diariamente en Brasil. Los ejecutores son asesinos pagados por aquellos para quienes los meninos de rua deben desaparecer y la única solución eficaz para ellos es su muerte. Con bastante frecuencia estos crímenes pasan inadvertidos dentro y fuera del país, y los culpables quedan impunes. Muchos ocurren en lugares apartados, y no hay quien reclame a los niños asesinados. Sin embargo, el 23 de julio de este año, la matanza de ocho niños mientras dormían junto a la iglesia de la Candalaria, en el centro de Río, tuvo mucha repercusión fuera del país. Tal vez la razón de este artículo venga del interés por conocer quiénes son y qué hacen los meninos de rua, después de ocurrido este hecho.

## Posibles soluciones

**N**O voy a referirme a las causas primeras responsables de situaciones como las que he expuesto, sino que solamente describiré los esfuerzos que se realizan para paliar esta situación.

El Gobierno ha instituido centros de internamiento. Estos son generalmente sustitutivos de presidios para menores, con fuertes medios de represión. El resultado es negativo, y los niños huyen a la menor ocasión que encuentran para ello.

Existen diferentes iniciativas, algunas realizadas como opción personal por religiosos y seculares, consistentes en penetrar en el medio en que viven los niños, bien la favela o la calle, y desde allí compartir su vida y buscar un acercamiento a través de la amistad.

Merece la pena citar el caso de Maria Avelina de Carvalho, profesora de lenguaje, que entró en contacto con meninos de rua en Goiania para llevar a cabo una investigación sobre el lenguaje y comunicación de los

niños, y pasó a compartir con ellos su vida. En su libro «To vivu» aparecen las opiniones sobre el problema de jóvenes que fueron meninos de rua. «La salida sería una casa donde pueda estar el niño y no esté en la calle con la droga o robando. Una casa de recuperación para ellos».

En este sentido funciona la obra de los padres salesianos en Belo Horizonte y AIACOM, de los padres agustinos en Río de Janeiro, que conozco más de cerca. El proyecto dirigido y llevado por seglares casi totalmente tiene por objetivo la formación humana y profesional del menino carente y de rua, de modo que al acabar su época de capacitación pueda salir con un puesto de trabajo y apto para llevar una vida digna.

Una labor importante es impedir que el niño rompa todo lazo familiar y pase a vivir permanentemente en la calle. Otra, intentar la vuelta al hogar del menino de rua bajo una tutela especial. Por ello se realiza también un acercamiento a la familia, en especial a la madre, como figura principal.

Los niños que participan del proyecto sienten y hablan de él como de un hogar que entre otras muchas cosas valiosas les da la oportunidad de saberse queridos, algo que para muchos era desconocido. La convivencia con estos niños también es una importante escuela para los adultos que trabajan con ellos, quienes aprenden a valorar cosas que siendo tan importantes como la amistad o el amor las vieron como algo connatural con la vida hasta conocer a los meninos carentes de ellas.